La mujer que creó a Perón

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Mujer que creó a Perón (por Daniel Bernardo Grimberg)

Primera Parte

I

Antes que sus bártulos fueran colocados en el muelle, y después de pasar lomas de burros que adaptaban un innatural desequilibrio al terreno, Juan Domingo Perón había impedido que las tristes barricadas de ese día pesaran en su corazón. Vio muy de cerca a ese golpe de Estado hecho por famélicos lobos que tomaron a la luna como su cómplice luminosa.

El General hizo indicaciones eufemísticas y con una abrumada indignación declaró como serían las cosas del futuro. Saldría de la escena política a causa de esa persecución: ya se hallaba en las orillas del río de la Plata aferrándose a un exilio que sería visceral. Pero no lo alteraba esa insidiosa realidad, y miraba como a través de una rendija al largo tiempo de espera. Hizo hincapié en que no impondría sanciones dentro de las reservadas horas del mañana, porque se había cansado de tantos inútiles retos. Hablando con su secretario mantuvo en sus labios a sus mohines habituales, y de a ratos enmarcaba a las palabras con las genuinas síntesis de su picardía. No se haría el valiente con aquellos que lo detestaron con mucha saña e interrumpieron su hegemónico poder, y no se desconcertó porque ya nada le había dado garantías. Los cobardes habían fabricado un golpe; estos emergieron de sus madrigueras autoproclamándose liberadores cuando antes habían sido insospechadas fracciones del ejército.

El general se paró en un costado norte del río en el que no tenía puerto y en el que no había nada de importancia (a lo sumo se podían individualizar a varios islotes, y algunas casonas que temblaban un poco a causa de la combinación forzosa de neblinas y distancias). La costa era una línea larga que se envolvía con cielos que no estaban despejados; y si bien las cualidades de esos envolventes grises eran parciales, estos resultaban suficientes para cubrir con livianos humos a esa engañosa jornada. En un hemisferio del cielo, algunas nubes armaban a imágenes mitológicas, extrovertidas figuras de humaredas que tomaban por asalto a otras menores, pero se diluían sin cobrar nuevos impulsos invasivos. Se ahogaban o cedían espacios a otros formatos ficticios cuyas texturas conjeturales no se diferenciaban en ser definitivas. Perón meditó que, el cielo ya no era tan azul como lo había sido durante la imperiosa edad en

la que los sueños habían sido dorados.

El General había declarado esas cosas a Rómulo Bermejo, quien lo consentía hasta el extremo de la humillación, y se empeñaba en convencerlo de que no tuvo yerros en su magnánima gestión pública. Su inefabilidad seguía vigente como en el primer momento.

Perón esperaba que terminara ese día sin que se desdibujasen más los límites de lo racional, o sea, sin que algún sargentito le cerrara el paso con una orden de arresto. Él y su secretario hacían una intranquila vigilia durante esos postreros minutos en la patria, de los que huían antes que las discordias y faltas de respeto convergieran en un desbarajuste imperdonable.

Como siempre, aplicaron con austeridad al lenguaje: Bermejo no consignó que el General fue aborrecido por su ambición, ni que su despotismo se había hecho inconmensurable. Por supuesto no fundó a su discurso en autocríticas, sino que recordó a las metas que el General se impuso cumplir en ese semestre.

Rómulo Bermejo profirió (como una endeble confidencia) que las llamadas que Perón había hecho para que hubiera orden, contuvieron un impecable carácter; el General había estado al mando hasta el último minuto, pese a la considerable desfachatez que lo asedió.

- "¡Cualquier moderación hubiera sido confundida con una blandengue inoperancia!", Bermejo hablaba como si no hubiera pasado nada, no estuvieran vigilantes sobre el río, o no rogaran que pronto se produjera un cierra (sin dudas no quería quebrar el hechizo que proyectaba la enfática personalidad del General).

E inmediatamente lo perfiló, sin pretender componer rastreros artificios, como el impoluto símbolo de la nacionalidad, y postuló que aún si no estaba presente, su fatal memoria seguirá construyendo la historia argentina.

Asimismo, el General puso en la balanza a lo bueno que había hecho, y le habló de unos cartográficos augurios, y que la narración de los acontecimientos había sido redactada de antemano y las poesías cosmogónicas hablaban del inicio de otro ciclo. Eran las francas cuestiones que en otros tiempos una mujer le había confirmado en forma estentórea, con el objetivo de empujar sus aspiraciones al Poder.

Por entonces y frente a la hostilidad que le había caído encima, sabía que ella lo había justificado, y que al final sus palabras se erigirían más estables que los vaivenes de la fortuna.

También le señaló a Bermejo, que la Argentina se convirtió en un delirio donde se prefería la guerra entre hermanos a que floreciera la paz, y fustigó a las demandas que le habían hecho los arrogantes que habían insistido en tener razón.

Para ese secretario las proezas de Perón eran indiscutibles, por lo que se abocaba a repetirlas con un dogmatismo que casi no tenía doblez; lo alababa con profusión porque preveía que de él surgían los puntos de partida.

El General le dijo como si fuera algo verificable y sustantivo:

- "Pronto quedarán en la memoria los tanques en las calles con sus motores trepidando y la volubilidad de los que salieron a festejar… por un tiempo no mantendré una estrecha relación con el país".

Parecía que lo suyo era una forma no convencional de sacarse de los hombros el anquilosamiento del poder, y que esas circunstancias no eran malas si uno se atenía a las que serían sus consecuencias… a partir de ese instante en el país se generarían tumultos hasta la saciedad, y habría lamentaciones periódicas por lo que había pasado. Esa era la develada verdad y su coartada fulminante.

Ante la convicción de Perón de conocer con exactitud lo que ocurriría, y sin enmarañar a su mediocre inteligencia, el secretario personal correspondió a esas elevadas presunciones con mentiras, sin que mediara ninguna mala intención. De esa forma resplandecía frente al General, que no asumía responsabilidad por haber desconsiderado a esa miserable intriga, que no fue una de las tantas que se hacían por doquier.

Sus relamidas palabras estaban diseñadas para que, al unirlos con fondos nostálgicos, dispararan a las motivaciones del General.

- "No será difícil detectar al conjunto de víboras conspiradoras, y a su debido tiempo aplicarles una devastadora fumigación. Se trata de una elite comprometida con el esnobismo oligarca, culebras advenedizas que salieron de sus pozos con la codicia de sepultar a las organizaciones que promueven la justicia social", aseveró como quien explica la redondez de un círculo.

Perón le respondió que no había que darle mayor importancia a esa fauna vistosa, cuyo ardor se apagaría bruscamente como el de un fósforo encendido que se sopla… antes que con su pequeña llama quemase a la yema del dedo.

- "Créeme Bermejito que esos imbéciles no se salvarán de la ira popular", estimó, poniendo más el acento en la retórica de esa sentencia que en adherirse a una causa vengativa. Dentro de su perspectiva aquello no era

ambivalente ni el producto del despecho o de irresolución.

Después, el aire se enfrió un poco, y primó un hondo silencio.

El General y su secretario se habían plantado con gravedad en esa tarde en que los árboles formaban finas sombras sobre sus cabezas, y las débiles voluntades de los hombres se contraponían con la colosal fuerza del río. Los dos esperaban mudarse de esa ambigüedad, y perfilaban sus narices hacia riberas cuyas elongaciones eran fantasmagóricas. Ese lugar no contaba con una significación, y ese disgustado momento no tendría por qué incluirse en la asertiva historia nacional. Estaban ahí, atascados, frente a la inconsistencia de un destino que compartía a sus móviles embates con las amarronadas aguas.

Con la idea de renunciar a las glorias temporales, el General esperaba cerca de un muelle la llegada de un hidroavión. Lo hacía afilando sus sentidos… puesto que crecerían sus miedos si transcurridos los pactados minutos, la aeronave no llegaba y él quedase varado en la intemperie.

Cuando ocurrió el golpe de Estado, Juan Domingo Perón evitó que sus partidarios de sangre más caliente se lanzarán a una guerra civil. Adujo:

- “Habiendo experimentado mucha gratitud del pueblo por los enormes logros de mi gestión, lo mejor será retirarme”.

Optó por ser recordado por su noble inactividad que seguir un curso violento (más adelante se mostraría como un personaje hibrido que mezclaba a apetitos vegetarianos con los de un león). Actuó con modestia y falsedad, como si el golpe de estado fuera un desafío a su paciencia, más que una violación a los códigos sagrados de una república que merecía ser refutado con fuego.

Con sostenida moderación se desvinculó de esa deformidad. Perón se solaparía dentro del escurridizo universo, remoto a las radiaciones del poder. Se instalará en un mundo paralelo desde donde hilaría simetrías invalorables. Se resignaba a un largo intervalo en el que fluiría a fondo la pésima trama asignada a la Argentina, que de ser uno de los países más ricos del mundo, continuará degradándose.

Más adelante retornará, y sus doctrinas centrales serán anunciadas como las propias de una etapa de paz, aunque al final incluirán algunos párrafos dedicados con siniestra lástima al derramamiento de sangre.

Los argentinos registrarán a los equivocados gobiernos, y compungidos añorarán al General, y lo convocarán periódicamente para que asumiera la máxima jefatura. Mantendrán sus primarios sentimientos de lealtad hacía Juan Domingo Perón, a quien exaltarán como un héroe, y juntarán

audibles fuerzas para mantener con vida a esa ilusión.

Por entonces, la pequeña venganza de Perón consistirá en no hacerse expeditamente disponible. Sólo al final, cuando la presión de las masas fuera incontenible, volvería del destierro cargando una sabiduría mayor.

Una vez más le contó a Bermejo acerca de la mujer que le infundió su leyenda y la aureola de líder. Ella, no sólo lo había relacionado con el pueblo argentino, sino con el entero cosmos, y en ese preciso momento le instaba a no volver la vista atrás. Con su exquisita dedicación, le pedía que fuera enérgico en su paciencia. Utilizaba los mismos enredados modales de cuando se le acercó en el inquietante comienzo de su carrera política, a la que selló como un crucial suceso de la historia de la joven nación sudamericana. Esa mujer ya no existía dentro del plano material, aunque por algún gran misterio le seguía armando sus instintos políticos, sazonadas estrategias, capacitándolo y lo capacitaba (con la mera advocación de su memoria) en vastísimas disciplinas.

Perón la recordaba como lo haría cualquier hombre que, frente al espejo, dice palabras sueltas que incluyen un juramento de nunca olvidar. Y no se hallaba cerca… a no ser que se la viera dentro de los furtivos vientos que removían las copas de los árboles, y con imprecisión barrían los tejados de las casas altas.

Gracias a ella, Juan Domingo Perón había dejado de ser un hombre de carne y hueso, para convertirse en el semidiós que miraba a los que se ponían bajo su protección, desde múltiples e infatigables retratos (la mujer había sostenido que la adulación que recibiría del pueblo no conocería límites, y con su clarividencia le creó un carisma insuperable).

Perón fue favorecido cómo el Líder indiscutible del pueblo argentino, mientras que, a pesar de su reticente candidez, a Evita se le fue inscribiendo la desdicha en el cuerpo al final de la primera presidencia de su esposo. El cáncer la fue devorando de acuerdo a lo porfiado de su evolución, que al principio la tomó como algo inaceptable a lo que había que ignorar con el objeto de que no se imprimiera como una fuerza real, pero fue adquiriendo una mayor presencia. Esa calamidad produjo en el General una descarnada confusión, y fue la herida que se infringía durante las defensivas reflexiones con las que argüía durante los tornasolados crepúsculos en los que su espíritu se colmaba con bilis.

Especialmente tenía fija la imagen de sus duros y espectrales rasgos que su rostro había adquirido cuando partió de este mundo. También, sentía intempestivas fiebres que, por no cesar de oír a sus gangosos pedidos, cada día se renovaban.

Perón le dijo a Bermejo (sin impregnar con salvajismo a sus palabras) que su muerte no había sido una casualidad. Expresó esto como si fuera su

sobreviviente a la vez de su asesino. La muerte de Evita había puesto un imperioso tope a su apogeo; se trataba de un enigma moldeado por la desgracia. Los dos compartieron el poder, pero a ella le tocó la muerte y a Juan Domingo el gobierno de la nación. *

* [Y luego durante su encumbrado destierro, la gloria de ser tenido como la brújula de un país que con cualquier tormenta perdía el rumbo]

Perón le había hecho a Bermejo esa denuncia de lo anómalo, en forma más o menos serena, porque había sido así, con esas minucias, como las cosas se habían dado vuelta.

Y siempre pensaba en ella, como lo hacía en ese día en el que había sido forzado a beber el brebaje negro del exilio.

Eva había encandilado a oleadas unánimes de argentinos que corearon la marcha peronista con suspiros y lágrimas, mientras se integraban a manifestaciones que duraban hasta los anuncios que se hacían antes del anochecer. Ostentaban a la alegría de verla de cerca, y de escuchar sus incontinentes frases. Se emocionaban cuando alzaba su voz con el objeto de loar a un futuro de profundas probidades, que sería diez veces superior al pasado paupérrimo. Desde las primeras líneas de sus discursos, apelaba al alma unificada del pueblo con el objetivo de desengañar a los que habían caído en el estupor, e instar a los pobres a que fueran listos, y siguieran al hombre providencial como el único y necesario método de arribar sanos y salvos al futuro.

Nunca se desconcertó; infatigable, proclamaba el amanecer de la nación sin que le importase que en su rostro aparecieran ojeras, o que estas estuvieran en ciernes.

II

En la hora de su muerte, Perón le dio el título de Jefa Espiritual de la Nación, y la estableció firme entre los más tradicionales santos cómo una figura política cuyo embrión religioso a nadie le convenía cotejar. Lo hizo a través de una ley cuyo núcleo duro nunca se abrió a debate, y su meta fue incitar a las masas populares a que se apropiaran de un floreciente misticismo como un escudo eficaz contra la desesperanza.

Ella no sería tratada como una advenediza entre las figuras de los pastorales, aunque el clero no la comprendiera, o la viera como un símbolo disruptivo o un indecoroso estigma en el medio de lo que les concernía con exclusividad. La aparición de una santa sin su necesaria esterilización a través de los procedimientos sinodales, era una usurpación de sus vitales funciones, y por efectuar una débil oposición, sus distinciones jerárquicas pronto se tornaron indefendibles, y en muchos

casos les imposibilitó continuar tranquilos con sus tristes sacerdocios.

Rápidamente, el culto a Evita fue instituido desde el Estado como un mecanismo que permitiría aprehender lo que siempre tuvo un inasible carácter. Con la unción de esa Santa fue asumido que las tensiones y conflictos se rebajarían. Su preeminencia etérea era premonitoria de días dichosos, ya que desde su alta posición espiritual jamás dejaría que las tenazas de los ambiciosos apretujaran los dedos de los jornaleros inocentes.

Aun fuera del sustrato material ella seguía desempeñando su antiguo rol.

Eva Duarte de Perón se convirtió en una gran explicación sobrenatural que llenó con vanidad a los hombres que trabajaban en las fábricas, o sembrando la tierra. Era quien a toda hora y con su sonrisa invencible se acercaba a los trabajadores peronistas. Ya que, desde el minuto de su beatífico ungimiento por parte del General, cualquiera podía relacionarse con ella con una íntima placidez.

Los argentinos de bien se aplicaron diligentemente a su culto, al que en forma irrevocable vincularon con el régimen del general Perón. Entre las asentidas actitudes de cada ciudadano ejemplar se sumaba el venerar a Eva Perón quien se había constituido en la única santa que tenía precisas vinculaciones con la nacionalidad.

Perón había tenido como principal preocupación, el hallar al orden secreto que, en las diferentes edades, había permitido el predominio indubitable de la iglesia romana. Por lo que no temió robar sus poesías, músicas, y una buena porción de sus riquezas metafísicas. Gracias a sus empeños los hombres de fe y trabajadores dogmáticos, se sumían con Evita en auténticas experiencias religiosas. La particular índole de su santidad, o su propiedad más intrépida, era el asegurar el triunfo de la justicia humana junto a la que debía su origen a lo celestial.

Su mediación fue considerada tan necesaria como las lluvias para los campos. Su enardecida voz (que subsistía merced a nítidas grabaciones) seguía siendo receptada por la gente. Y cada jornada al llegar las 20: 25, todas las emisoras de radio informaban al pueblo qué en ese mismo momento de un irremediable día, había fallecido la esposa del General.

Había ocurrido lo terrible, pero no había porque amargarse ya que desde lo desconsolador de ese momento, fue recibida la información de que, cuando Evita se condujo al Más Allá, se abrió un juego de duplicaciones entre el cielo y la tierra con la finalidad de instaurar al carácter infinito de su canon revolucionario.

El hecho que las radios hicieran esa constante aproximación horaria con el luctuoso hecho, tenía una culminante explicación: con su defunción la mujer propició el surgimiento de un nuevo ordenamiento celestial. Desde lo Alto, serían transmitidos grandes e inefables preceptos a los hombres que aún moraban en la tierra.

Era uno de las nacientes expectativas del General, que cada vez hubiera menos náufragos espirituales. Cumplir con sus términos (que se hicieron divinos) mejoraría al orden en la sociedad que se despegaría de lo relativo y de las fortuitas traiciones con que las personas empapaban a sus actos más usuales. Estas se harían mejores peronistas si adoraban a Evita, según lo que el mismo General estipuló en un coloquio que sostuvo por radio a nivel nacional.

Las actividades económicas podían paralizarse, pero no los sencillos temblores del hombre, que, al recibir los dones de Evita, sólo tenía que mostrarse sumiso, y maltratarse un poco al golpearse el pecho como patente demostración de su piedad. La pendular paz de cada día se alcanzaría con el modesto homenaje de inclinar la cabeza frente a una fotografía suya que presidía a un altar.

La muerte la había convertido en una angelical mujer que aún hacía los cambios necesarios, protegía a los pobres, e introducía al pueblo en la modernidad. A partir de su deceso, su competencia se hizo audaz e inconmensurable, y hasta se creyó que ya nada sería recortado por el azar.

Los solemnes momentos de su devoción se tratarían del punto de partida para hacer de la Argentina una gran potencia; la etérea Evita llevaría al discontinuo país a su imperecedero destino, ya que la grandeza nacional resultaría de un proceso de desarrollo económico que se ramificaría en lo superlativamente metafísico.

Debido a su muerte se superpusieron las sublimes ideas espirituales con las comunes y empíricas, pertenecientes al Estado. El orden utilitario ya no se contraponía con el Eterno, y el amor al fin reemplazaba al odio y los salivazos.

La gente no cesaba de adorarla, y la Iglesia corría el riesgo de perder su poder de convocatoria. Esa actitud del pueblo, que era marcadamente testaruda, ocasionaba mutismos en los sacerdotes, que a la vez experimentaban disimuladas sensaciones de miedo que como extrañas ponzoñas les quemaban las gargantas, los esófagos, y los hígados. Evita auspiciaba los imprescindibles principios justicialistas a partir de un distante punto de observación, bregando que el perfecto Más Allá era bastante diferente al “Otro Mundo” construido por la esclerotizada curia.

III

La muerte de Evita fue el comienzo de la escalada de Juan Domingo Perón para modificar las nomenclaturas divinas, ya que muchos de los conflictos que desembocaban en la psique del hombre, tenían su origen en los inconcebibles arquetipos que ofrecía la religión. Y el sistemático fracaso en detectarlos, había creado en las masas a un inquietante patrón de incomprensión. Muchas de las definiciones y certezas religiosas vigentes, eran francamente insoportables, por lo que se tornaba indispensable dar a aquello un esquema más sencillo. Había que rescatar a lo espiritual de las fangosas ceremonias, con el objetivo de que recuperase su potencia, y la vida y la muerte fueran vislumbradas como una perfecta unidad y no como áreas separadas.

Así, las fórmulas anteriores de adoración se tuvieron como derivadas, secundarias, y síntomas de la debilidad y falta de unión del pueblo trabajador. Estas, al divergir del ritmo corriente de la vida, habían producido malentendidos, dudas, y conjeturas desdeñables. Ahora, que el reino de los Cielos se apoyaba en el de la tierra, se dejaría de lado a las temibles teologías infernales que habían servido a que los sacerdotes llevasen una vida fácil explotando los temores del pueblo.

Gracias a Eva, la confianza en el Supremo a través de una conversada amistad con ella, se instaló en los hogares del país. Y el Estado no tardó en aprovechar sus vastas posibilidades escénicas para apropiarse de la simbología cristiana, o, mejor dicho, la reconstruyó a imagen y semejanza de sí mismo.

En esa esperanzada etapa fundacional fue derribada la contradicción entre la materia y el espíritu, el azar y la providencia, los números cerrados y las palabras que se contrabandean abiertamente.

Evita no sólo encarnó la revolución justicialista, sino que se la consagró santa más allá de la opinión de las autoridades eclesiásticas (al tener que tomar otra posición, los asustados clérigos decían con suma amabilidad que no pecaban al tener otros puntos de vistas).

El Estado avanzó sobre las metafísicas circundantes, no con armas, sino a través de las pulcras perpetraciones religiosas y políticas que siempre fueron los vocablos.

Perón emprendió una amplia reforma religiosa, como reacción frente a los dramáticos sermones de aquellos curas opuestos a la modernización; no toleraba el entusiasmo que los embargaba cuando se erguían en los atrios centrales de sus iglesias (que para él eran cajitas de fósforos). Sus estudiados histrionismos le resultaban inadmisibles, de la misma manera que sus pretensiones monopólicas sobre los milagros, y sus ínfulas por

haberse revestido de una misteriosa omnisciencia.

Y después de notar que algunos obispos que pugnaban por derrocarlo, intercalaban bonachones artículos de fe con maliciosas insinuaciones políticas, Perón dio carta blanca a sus legisladores para que promulguen la ley de divorcio. Su intención era revitalizar a la auténtica familia sin que se introdujeran datos erróneos o infundados, ni se permitiera la intervención de agentes moralizadores que tenían un complicado entendimiento de la realidad.

La plana transcripción del mensaje que dio a los parlamentarios, rezaba que había que triturar a cualquier interferencia externa en la institución del matrimonio. El amor o la primacía del odio, eran asuntos privados de la pareja que no tenía por qué atenerse a las ridículas prioridades religiosas. El magnetismo y el deseo no eran mecanismos susceptibles de ser regulados desde aterciopelados púlpitos.

A Perón le resultaba ilógica la violencia impuesta por los curas de no autorizar el casamiento con la mujer que uno anhelase; entendía que cada cual estaba lo suficientemente empoderado como para decidir a qué mujer llevar a su cama sin que eso fuera visto como una barroca degeneración. La clave que sustentaba la relación entre un hombre y una mujer, era la química que tenían, y no los refunfuños doctrinales de la Iglesia. Una esposa no era el albur prestablecido por lo Alto, ni una cifra que concordaba con las ecuaciones religiosas, sino que se trataba de una elección actual que tendría o no, su continuación dentro de las incógnitas que presentaba el devenir.

Virulentos ataques en contra de la Iglesia surgieron por canales y redes institucionales, y en las oficinas públicas era objeto de deshonra el poseer un rosario, o prender con cerrados labios un rezo (siguiendo a viejas inercias).

El ahínco del hombre consistía en que lo dejen en paz, y no ser permanentemente sondeado en sus experiencias personales por una entrometida institución mística. Esta no tenía por qué definir su obrar, ni marcar los rasgos de su vida, y tampoco forzarlo a empantanarse en situaciones del pasado, cuando lo único que quería, era salir a flote de sus confrontaciones con el tiempo.

Asimismo, con el objetivo de frenar los afanes comerciales de la Iglesia, Perón prohibió la venta de artículos de santería como ser pesebres, santos, y otros artefactos que brindaban cierto contentamiento espiritual. A ese comercio grandilocuente y visible, lo abolió puesto que lo reconoció como un impenetrable mercado al que nunca se pudo reglar (esa medida también fue tomada con la idea de que nadie lucrara con lo

incognoscible). .

Así, Juan Domingo Perón acercó la religión al hombre del siglo veinte, con la mira de que este no fuera asediado por personas que vivían en otras épocas y otros mundos, destacando al bien que Evita había hecho al pueblo por sobre el quehacer de los clérigos que se enfocaban en lo fantasioso.

Pero aquello fue insuficiente para calmar a las ansias de la eterna Evita por ayudar a los débiles y desarrapados que vivían en rezagados arrabales.

- "Hay que abrirles las puertas, y permitir que expresen sus sentimientos más profundos", reflexionó con atildada voz y un lenguaje construido en arcanas. "El régimen atenderá a los deseos materiales y espirituales de los trabajadores", dijo como la central consigna de su proyecto político-religioso.

Y cómo la iglesia católica dudaba, y persistía en interrumpir a lo ineludible de esa santa, Perón tomó resoluciones más extremas: reformó al calendario para tachar de su lista a los feriados religiosos, extendiendo, de paso, a su abrasador dominio sobre las fechas (incluso fijó días profanos que celebraban heroicos capítulos de la revolución justicialista).

A sus injerencias no la encausó por preferencias antojadizas, sino con el fin de ofrecer un modelo íntegro a la sociedad, lejos de los acostumbrados prejuicios que echaba al ruedo la clerecía, o de las amenazantes bendiciones con que atormentaban a los creyentes.

Pero su máxima acción de ensañamiento contra la antigua institución eclesiástica, fue la de recrear a aquella otra (hasta entonces clandestina, pero siempre profusa) que no se moldeaba de acuerdo a representaciones morales o sagradas, y a la que desde sus inicios la Iglesia se había empeñado en descalificar.

Aquella otra entidad no era una broma a la narrativa sagrada, ni se basaba en introspecciones banales, ni enseñaba a improvisar chapucerías, por lo que había sido discriminada con insensatez… y frente a eso, la gente honesta se había cruzado de brazos sin manifestar su drástica oposición.

De todas formas, esta era aceptada como un mal necesario ya que vaciaba los poderosos instintos del hombre (cierto que había sido incapaz de enfrentarse con éxito a la organización hermana, que limpiaba las almas del pecado). Los afligidos y solitarios se agolpaban en las escalinatas que llevaban a esa Segunda Institución, y esperaban dentro de la semioscuridad mientras hacían profundas revisiones de sus avideces. Después de otorgar un módico caudal de dinero, apreciaban con arrobo

las delicias que les ofrecían, aunque estas no se ubicaban en el costado luminoso del saber.

Si bien muchos tenían una mirada poco comprometida acerca de las obras de esos tipos de Congregación, y optaban por impugnarlos, Perón permitió la apertura de los prostíbulos cómo una vindicación de los cultos paganos que tenían cómo sacerdotisas a hábiles prostitutas.

¡Ya no era necesario el débil lazo de la confesión para liberarse, ahora la vitalidad del hombre se sujetaba a la experta tutela de una mujer! Perón había tomado esa decisión con claridad ideológica, estética, y espiritual. Y al elevar el prestigio de las que antes habían sido consideradas actividades marginales, también agrupó a un nuevo frente de trabajadoras que contaban con el visto bueno del Estado. En esos momentos en que los gremios se desdoblaban y multiplicaban de manera exponencial, Evita cósmica y omnipresente había inclinado a su plácido rostro sobre las ciudades que nunca apagaban sus luces, y los puertos en los que locuaces marineros lloraban lágrimas de alegría.

El comercio carnal había adquirido un estatus mítico análogo al de aquellas cotidianas ceremonias parroquiales que francamente habían pasado de moda.

Así, el General reivindicó la figura de la mujer que había sido ahogada por espesos plenarios de obispos y sacerdotes, y dio libertad a los instintos del hombre al exaltar de igual manera a la carne como al espíritu. Por cierto, algunos emitieron señales disonantes, pero ¿quién peregrinaría por sus horrendos caminos? El General no tomó represalias contra estos porque juzgó que el asunto terminaría por sí mismo.

Después entregó libretas sanitarias y credenciales del partido a las trabajadoras del sexo, tal como Eva le había rogado que hiciera desde el Más Allá.

- “Para que en sus actuaciones tengan seguridad, y se jubilen sin que un tribunal las declare inexistentes”, le había dicho la mujer que jamás se desanudó de lo cotidiano, y exigía con altivez que se cristalicen sus propuestas.

Esa disposición entró en vigor con todas las combinaciones posibles, y no faltaron lupanares que se mantuvieron dentro de un radio de "amistosa proximidad" con templos cristianos. Al fin los vicios y las virtudes se alentaban mutuamente, y los ambiciosos roles que siempre se atribuyeron ambas Corporaciones, en ninguna ocasión se fragmentaron por el disgusto que una sentía por la otra… (es más, a menudo una extraía elementos de la otra en cumplimiento de una desaforada experimentación).

Segunda Parte

I

Había cuadros que reproducían al mínimo a paisajes de gráciles bellezas, y Eva Duarte se deslizó por la galería con el fin de verlos, y entusiasmarse por esos lugares que no entraban en el pasado ni en el futuro, sino que se correspondían únicamente con la nostalgia. En un momento se ubicó frente a uno que tenía verdes ramas, y en el fondo a sombras de mujeres que subían por traqueteadas escalinatas. Los cuadros desarrollaban propuestas atemporales que podían ser de dos siglos atrás, o inducciones a instantes inexistentes y mágicos, cuando sus manifestaciones cromáticas se enredaban con los ojos de quienes los contemplaban. Eva sentía que, entre sus contemporáneos, ella era la única que comprendía a los objetos artísticos que tenía enfrente. Ahí estaban su madre, su boda, y lo que tenía algo de lamentable o mucha perplejidad.

En los últimos tiempos las cosas habían dejado de ser previsibles, algo adentro suyo la empujaba al caos. Sentía un extraño acoso que hacia impertinentes y desatinadas rondas por su cuerpo.

Los cuadros eran esquemas por los que ella transitó, de la misma forma que lo era la música del fonógrafo, que con sus tibias letras sacudían la sala.

Igualmente, esas reverenciales imágenes repentinamente se bloqueaban en su mente debido a su actual somnolencia. Se enfrentaba a horribles presentimientos que susurraban con desvergonzada incontinencia que arribaría una desgracia. Ocurrían molestos síntomas y debates médicos, planteamientos de Juan que, si bien no apuntaban a situaciones riesgosas, largaba murmullos que no eran de felicidad sino resquemores por algún que supuestamente podría suceder. Eva sabía que le exigía demasiado a su cuerpo, porque su piel se molestaba con el simple rose de una pluma, y que en sus pies burbujeaban calambres inéditos. Había algo que no andaba bien, y no tenía relación con las glorias que sus sueños habían pergeñado, y le creaba tormentas internas que arrasaban su buen juicio.

También hacía que pusiera demasiada atención a un tema tan superficial como su salud. Las preguntas que palpitaban en sus sienes, eran: "¿Qué me pasa?" "¿Puede ser que, en el momento culminante de mi vida, haya contraído alguna absurda enfermedad?". ¡Pero eso no dejaba de ser una exageración!: los mejores médicos del país se habían puesto en campaña para pronosticarle que eso no sería el fin del mundo.

"Y si acaso no encontraran la solución, ¿cómo reaccionaría frente a un mal grave? ", Evita insertó en su mente a pensamientos brutales que la desconectaban del tiempo… nada le pasaría: sería demasiado raro que una maligna fatalidad afectase a una mujer tan joven que en los

exuberantes días había sido visto sana y fuerte.

Había estado entre los tejedores de las políticas que se sentaron con perseverancia en la mesa presidencial. ¿Cómo podía sentirse amenazada estando en el medio de esa responsabilidad? Por lo que se aseguró por enésima vez, que cuando la aurora vespertina cambiase los colores del cielo, en la noche oscura su corazón no palpitaría de más.

III

Los umbrales se congelaban automáticamente cuando ella pasaba. Sin embargo, el fuego en su mirada no sufrió aminoración, ni había bullas en su sangre que denotasen una salud precaria. Se deslizaba por los edificios del gobierno sin sostener a las temibles sospechas ni haciendo cálculos malditos. Como siempre, se exaltaba con malas palabras que a en los otros producían temblores de rodillas. Apenas sentía un penoso aturdimiento, similar al causado por un lejano tintineo de un timbre. En el futuro acaecerían cosas malas, que su obligación en el presente era de no advertir, porque esos dos polos opuestos del tiempo siempre se agredían en permanentes guerras, mientras que en el medio se encontraba la persona tocando a la pobre y sincera corneta de su vida.

Eva abría las ventanas para que se escurrieran de su mente las confusiones que provenían de absurdas interpretaciones que hacía de sus jadear.

Se sentía fuera del lugar, ya que ese especial momento histórico del país no era para débiles, y se exigía no ensimismarse y conservar a la justiciera pretensión de guiar al hartazgo del pueblo en contra del dominio de los oligarcas. La base de su labor había estribado en analizar las cosas con coherencia… sin embargo, llamaría a una adivina para que le divulgue su suerte. Le resultó imperativo hacerle algunas consultas. Todavía la cándida vista de una flor no se transformaba en un eficaz tormento, y vivir seguía siendo la feliz conjetura que se hacía del futuro, ¡pero necesitaba de los vaticinios de una nigromante!

No se estaba muriendo, y jamás se permitiría mancomunarse a esas clases de pavorosas ideas. ¿Por qué desacomodaba su buen talante con esas tonteras, cuando la humedad se hacía espesa, y a la transpiración de su cristalina piel la tenía que disfrazar con perfumes de los más caros de Francia? Sin embargo, se hacía perceptible la declinación de su aliento, cosa a la que ya no le podía dar una explicación relativa. Pequeños síntomas le aparecían de pronto, y se aunaban a las alarmas que hacía sonar la desesperación. A veces pequeños embrujos la desviaban de su camino, y confundía al baño con donde estaba el piano, o a la sala que se encontraba a la izquierda de la cocina, con la que se conectaba con la otra habitación. Entonces codiciaba salir al balcón de la Casa Rosada, y sin

rodeos ni solemnidades entregar a la gente la ternura de sus agravios.

Nada malo podría pasarle, porque la persistencia de los dichosos días se basaba en una alentadora sentencia que una vidente le había arrojado en un periodo en el que solía caminar sin estremecerse por debajo de las blancas cúpulas de los portones de un cementerio. Esa mujer había conjugado en una oración a las vivencias que marcaron a sus últimos años, sin entrelazar a opacidades ni contradicciones ni que se perfile un error atroz (aquella pitonisa se sindicaba como miembro de una esotérica tradición que a la vez era una pacífica ciencia, y nunca echó dados al aire para distraer a las personas, o hacerles creer que habría fondos secos debajo de las fuentes de aguas.

Una tarde habló con su peluquero con un tono mesurado, sin suponer que sus intuiciones no se extenderías por mucho tiempo sobre la tierra. El hombre le hizo pomposas preguntas, después de inclinarle la cabeza para peinarla, y darle la noticia de que era muy bella. Evita rechazó los cabellos ondulados, y apreció que su imagen expresara modestia, pero sin matices indolentes. Luego, le confió algunos relatos como moneda de cambio por sus gentilezas.

Sin embargo, se detuvo de repente, le pareció que esa conversación no salía realmente de sus labios, sino que era el discurso de la otra, la mujer de sonrisa apolínea que, en un día soleado entre tierras arrasadas se había acercado al General Perón. Aquella mujer que había sabido cómo mantenerse firme en su puesto, no como la actual que corría el riesgo de naufragar a la deriva porque en su corazón se mezclaban horribles sentimientos de desconsuelo y desamparo. La que se trastornaba por lo que nunca sería cierto.

Algunos estudios parciales (que por supuesto no fueron difundidos), daban cuenta de anormales ocurrencias.

Del peluquero recibió parejos murmullos de admiración; el país la amaba, y eso le resultaba extraño y maravilloso a la vez.

IV

Cuando la noticia se hizo irrevocable, no se recluyó en una torre de marfil, sino que se estableció con más firmeza bajo los podios techados de las tribunas. Se situaba en ese piso, manteniéndose distanciada del foso que atravesaba su alma. Ahí, rechazaba nuevamente que los tiempos hubieran decretado su extinción; eso era algo espurio, una lisa y llana insolencia o un disparate. Le resultaba incongruente que la muerte estuviera cerca y la tomara del brazo, y mucho más que la obligara a abandonar sus efervescentes prácticas políticas que le habían dado fama de dura e indomable. Los médicos que declararon que algo malo le estaba ocurriendo, deberían avergonzarse de sus palabras, y quedar mudos; ellos

pertenecían a una anochecida estirpe que únicamente observaba a las apariencias. Jamás se adheriría a las restringidas visiones que tenían de su cuerpo, o a los fundamentos con que anunciaban a inclementes sospechas.

Pronto deseó indagar, y sospechó que encontraría respuestas en los anteriores planos de en su pasado. Si viera a la vieja pitonisa (cuyas precisas palabras la impulsaron a los brazos de Perón), probablemente rompería los gruesos murallones de angustia que la rodeaban.

V

Ocurrió lo que sigue:

Evita traspuso el pórtico que en sus laqueadas maderas de grueso espesor tenía grabados de pompos y ramas de olivo. Se introdujo en la casa como si fuera un lugar encantado. Esta era tan maciza como siempre había sido, su misma altura y anchura que se superponían con los celestes del cielo. A los muertos ya no los veía, pero sus voces todavía atravesaban su corazón.

Había viajado hasta el profundo interior de la provincia de Buenos Aires. En ese lugar había sido una asidua habitante, ahí transcurrió su niñez. Estaba a la vera de la otrora ruta cuatro que cambió su nombre por el de Avenida Moreno después de adquirir una dinámica interacción con el pueblo. Y sintió a esa edificación más reducida; le dio la impresión que sus moldes de yeso habían sido agrandados por los ojos de una niña que captaba al entorno desde su pequeñez. Después más de dos décadas y media, el mundo había variado, pero los objetos que pispió no se estropearon por las progresiones del almanaque. Se encontraban intactos en sus sitios. En el mundo las imágenes con sus formas habían sido modificadas de continúo, pero en esa casa permanecían sin variaciones.

Al lado, tres o cuatro locales se expandían con vista al sur, con sus vidrieras tapadas por chapas metálicas que servían de cortinas. Todos habían sido ocupados, a excepción de uno que se ofrecía en alquiler. En la avenida se notaba un contumaz movimiento. Ciertamente, el lugar había sufrido una inversión: ya no era en donde se acababa el lenguaje y comenzaban los campos.

Evita se internó dentro de la casa, antes de escuchar alabanzas de su séquito, que tal vez eran mentiras. Sus sentidos eran pujantes. En esos ambientes encontró reliquias que de ninguna manera la angustiaron, y sintió un penetrante olor a humedad que le demandó algunos minutos de adaptación. El corredor era muy ancho, y había varias claraboyas que desde el techo alto esparcían vaivenes cromáticos a la luz que ingresaba; las persianas corridas a los costados, tenían manchitas de herrumbre de

un color rojo o anaranjado.

Lo malo era engendrado por el secreto, y si le sacaba el velo, hallaría la tranquilidad, que no era otra cosa que la reconquista del coraje que lleva a cabo quien comprende.

Con alguna suerte, el viento vendría del sur, y los problemas que suponía abismales se dispersarían dentro de las probadas constancias del campo.

Su padre, el "vasco" Juan Duarte, mantuvo dos familias, a la legítima en Chivilcoy y a la que armó con su madre, Juana Ibarguren, en los Toldos. Él desaparecía en mundos enigmáticos, pero cuando Evita lo veía, traía junto a los numerosos víveres, a estallidos de alegría. Con sus luces y sombras, en tanto vivió, orbitó por lo generoso y súbito.

Eva avanzó unos pasos. El aullido de un perro atontó a sus oídos; se trató de una invasión sonora que por segundos sacudió los cimientos de la casa, y a sus nudosos y retorcidos muebles. Pero cuando ella plegó sus labios con intención de chistarlo, el trastornado animal se calló; había entendido que de nada valía manifestar una ferocidad desenfrenada. El mundo con sus desperfectos le había apretado la garganta, y no pudo ocultar una profunda indignación que sintió por algo. ¿Acaso fue silenciosa orden de la mujer lo que configuró a su mudez en el éter? O a lo mejor vio algo que no resaltaba a la vista. El perro, que solía merodear con el favor de las noches, se ovilló en un rincón como si temiera algo sombrío, y con ojos llenos de reparos y reservas, se limitó a atisbar los laterales.

VI

Antes de que se iniciase la centrífuga celebración a la que habían sido convocados docenas de amados personajes. Evita pronunció de memoria, lo que en un día de estudiadas nebulosidades le había dicho la pitonisa, que solía pregonar ser consciente del Todo y ver aquello que no sobresalía de manera natural.

- “Crearás un hombre de ancha sonrisa que tomará parte en la tumultuosa historia del país", fue lo que sentenció esa mujer como si hubiera roto una prohibición.

Pero, de inmediato, Evita lo había calificado como “un puente de buena disposición”. Porque las trece ininterrumpidas palabras que la amable señora le arrojó durante un minúsculo instante, no barrerían con lo anterior que hubo en su vida, ni pondrían en marcha un mecanismo que la encumbraría a lo inimaginable.

Sin embargo, aquello no fue un colorido ornato añadido a una jornada de juegos esotéricos, por el contrario, se trató de la trasmisión de un mensaje que, si no hubiera sido anunciado cabalmente en esa jornada, el

destino de Eva Duarte hubiera sido la de una artista cuyas imágenes se vislumbrarían por un período en revistas de chimentos, o la de una mujer más dentro de las innumerables que giraban al llegar a las esquinas. La pitonisa le explicó que sólo tenía que presentarse ante Perón, interpretar los hechos políticos en forma análoga a lo que él pensaba, y sonreírle. Así la naturaleza de lo que después fue la vida de Eva, se condensaría en esa atolondrada frase.

La segunda exégesis que de esta había hecho Eva, fue que la pitonisa le referenció una futura maternidad, algo que se sugirió a cualquier mujer en cualquiera edad de la historia. No había puesto sobre la mesa una cuestión de místicos ribetes, sino la adivinación de un proceso por el que pasaban la mayoría de las mujeres. Esa señora, llegada de otras tierras, habría hecho un anuncio que además de radiar verosimilitud, instaba la piedra angular de formar una familia.

¿Pero, por qué esas palabras un tanto pomposas le oprimían el pecho al provocarle sospechas?

Para la pitonisa, aquel cordial encuentro con Eva había sido muy importante. Se habían hecho amigas del tipo de las que jamás se traicionarían, ni cometerían infames actos que las cruzaran con las obnubilaciones de la codicia.

Pero en los Toldos, Evita temió que aquella mujer hubiera apilado sobre su cabeza a extraños sortilegios. Como esposa del General, sabía que esta dirigió fulminantes revanchas contra los que habían puesto palos en la rueda de la gran Causa Nacional, y que nunca se había sentido lo suficientemente dispendiosa como para perdonar a unos de esos desgraciados.

La pitonisa afirmaba reunir inspiraciones antiquísimas, conocer cada inimaginable rincón del mundo, atraer al dinero, a la dicha, y a aquellos maridos que preferían los líos de polleras a la serenidad del hogar. Esos eran los coloridos matices que agregaba a su Enigma.

VII

Había invitado a la pitonisa a que se presentase en su antigua casa, durante ese día de mayo que transcurrió con lentitud.

En esa localidad de la provincia de Buenos Aires, recibió a gente que llegó de la Capital Federal y de los pueblos vecinos. Eran personajes se engarzaban en la política al proclamarse leales partidarios; afirmaban estar hechos de carne y no de humos, y se apodaban “los del mismo palo”. Habían vivado a Perón desde el comienzo del viaje, cumpliendo así con el mayor requerimiento que les solicitaba la patria querida. Arribaron con sus mujeres, algunas con pieles finas, y otras con trajes sencillos

(cada una, con ínsita vanidad se había producido frente a los espejos para lucir lo más bella posible). Se habían añadido a ese festejo comunitario, sin imaginar que, a la primera dama, los médicos le habían pronosticado un desquicio o bien le informaron que no podían hacer nada.

Los hombres con sus vozarrones, no se dedicaron a rezongar, por el contrario: se vieron como los forjadores de magistrales esclarecimientos. Evita aprobó que esos de su círculo íntimo confraternizaban con la táctica de reñir alegremente; se empecinaban en arrojarse solemnes gritos de amistad poniéndose las manos en los corazones. Y acto seguido se abrazaban con infantil perplejidad, murmurando que eran como la tierra y el mar que siempre se encontraban en las orillas.

Evita vio a sus hermanos Blanca, Elisa, Erminda, y Juan. Habían ingresado puesto que el portón de entrada estaba sin cerrojos, y sin dudarlo se ubicaron a pocos metros de la mujer que era el centro de sus mundos. Como acontecía a menudo, se enfrentaban a mecanismos de la falsificación, y a lo terrible lo sometían a través de perennes análisis.

Lo que les preocupaba era relativamente llano: temían que sus ropas se ensuciaran por las potentes polvaredas que levantaban los vientos en los acumulados escombros de una obra en construcción. Evita asintió con la cabeza cuando decidieron que tenían que pagar de una vez y para siempre la cuenta de la lavandería. Esa contumaz deuda se hacía dada vez más insondable, ya que no habían pagado por la envidiable blancura de sus ropas durante muchísimos años. Bucearon en sus carteras y billeteras, concentrando una notable presión en sus manos, con el propósito de sumar sus módicas economías. Evita renovó a sus honradas convulsiones, diciéndoles que solamente pagando uno justificaba su existencia.

Pasado algún tiempo, entre la multitud, apareció la figura de la venerada pitonisa. Con suaves modales la envejecida mujer se fue afianzando en el camino.

Esta no había hecho más que acrecentar su fortuna: se había convertido en una estanciera poderosa. Profesionalmente se había hecho de una principesca fama por su vinculación con Perón y Evita, y sólo en los últimos tiempos aprovechó sus talentos compendiando para sí una gran riqueza.

Había desembarcado de Europa para intervenir con sus poderes en el nuevo mundo, y establecer un contacto atemporal con Juan Domingo Perón. Ahora, con su dinero e inteligencia, el leer el futuro pasó a ser un pasatiempo que reflejaba a su antigua vocación. Compartía sus secretos con los demás dentro de prácticas gratuitas y llenas de bienaventuranzas.

Ya no la consultaban a menudo, pero seguía siendo el símbolo vivo de los Arcanos Poderes, y quien publicaba en el distinguido sello editorial Torreón de las Auroras, a libros que relataban los diálogos que había sostenido con ángeles celestiales. Adoptó el apellido del qué fue de su marido (Gabriel Herrera), a quién despreció y heredó sucesivamente.

Pronto, Evita percibió numerosos cansancios en las contestaciones de la mujer. Era muy ajustado el tiempo que tenían para hablar, antes de que el sol cesara de tocar a las puertas de Los Toldos.

Un brillo sin paralelo relucía en los ojos de la Señora Herrera, y de a ratos, tibias lágrimas se deslizaban por sus mejillas, de las que excusaba con la explicación de estar enfrente de la mujer que había puesto una indeleble marca al país. Y con gruesos elogios suplió la chance de mencionar los problemas de salud que esta tendría.

La pitonisa pulió s sapiencia al no cavilar ni abalanzarse a darle una respuesta, sólo le propuso la especifica modalidad de tirar las cartas para enunciarle beneficios que le corresponderían. Estas serían echadas sobre el mantel rojo de una de las mesas, y harían que las sobreabundantes tribulaciones del mundo quedaran excluidas. Bien sabía que los naipes jamás harían tal cosa, sino las palabras que de a ratos le brotaban, las que justipreciaba con envolventes murmullos de admiración. Con un jovial ritmo, su voz interrumpía a las inoportunas desgracias, y emplazaba la felicidad como el habitual estado de la gente a la que protegía y amaba.

Pero la imaginación de Eva la puso en falta: esa mujer sería una astuta serpiente que le había preanunciado su encuentro con Juan, describiéndole lo que después sucedió con una precisión cronométrica. La había predestinado, y le suministró un esencial arrojo para acometer con sonrisas y un perfumado vuelo hasta donde estaba sentado el General.

Una de dos, la esposa de Perón se estaba volviendo loca, o la Señora Herrera era un ser abocado a la maldad. Evita debía serenarse, ser consciente de su papel en la historia… y de una buena vez arrancarle a la vieja cual fue la causa del catastrófico vuelco de su destino.

La pitonisa se comprometió a protegerla de las invasiones de flujos negativos. Con un rápido soplido en la cara le quitó un molesto mal de ojo. Y no tardaron en expandirse dentro de las emblemáticas dicciones de la anciana, figuras de bueyes rumiantes, llamas que balanceaban sus pasos sobre un asediado sendero de montaña, palomas que se adormilaban, y gallinas que caminaban indiferentes sobre áreas de barros. A vocablos desconocidos los enfocó sobre invisibles estrellas, e hizo convocatorias a rostros que habían sido despedazados por la luz. Le hizo un mapa austral en el que superpuso sus fechas íntimas con las máximas

galaxias.

Sin embargo, la Señora Herrara no desentrañó a nada inusitado y de gravedad. Ni siquiera le interpuso un consuelo, sólo la besó en su mejilla derecha y le pidió que se despreocupe. La Señora Herrera actuaba como una sorda que con entusiasmo asentía a aquello que no oía.

Y al final le brindó un axioma que equivalía a lo inevitable:

- “Toda mujer debe contentarse con ser el sostén emocional del hombre, y de ser necesario aniquilar a su voluntad con el designio de que éste prospere”.

Esto, aparte de una guía, se trataba de una bondadosa indicación y un inalterable proyecto para alcanzar la tranquilidad. La vidente le pidió con claridad, que se entregara en cuerpo y alma al general Perón.

Pero no solucionó el repelente misterio, y en el centro de ese umbroso sitio, Eva se oyó a sí misma gemir de extenuación.

VII

Eva salió al patio después de pasar por un breve jardín, y se marchó para siempre de la casona que perteneció a su padre, a partir del momento en el que, entre los autos estacionados, encontró a su chofer, a quien le hizo un sentido alegato por la tardanza, y con falso arrepentimiento le rogó que no se enojase. El hombre desconocía al meollo de esa extraña reunión, y sólo esperaba que esta terminara para retornar a la ruta. Como cualquiera, su vida se basaba en sobrepasar con suficiente dinero a los constantes gastos. Él trabajaba para pagarlos, mientras que el destino de ella era marchar turbada y temblorosa hacía aquello que tenía un resplandor negro.

A ese hombre, que era de robusta contextura, Evita le contó que en Los Toldos se topó con las respuestas de algunas acuciantes preguntas que se había hecho.

- “El tomarse una tregua para pensar, es una prudente práctica cuyo objeto es no confundir lo que una realmente es, con lo que la gente, con sus sonsas figuraciones, supone”, le explicó.

El chofer asintió con un cabeceo a esa incomprensible revelación, y le hizo un comentario acerca de las características del viaje. La noche había caído a pleno en la ruta, y con suerte llegarían a Buenos Aires sin que en los cielos se desatara una tormenta eléctrica con sus trastornados rayos blancos y violetas.

Volvieron en caravana de autos como un piadoso grupo, y durante esa anulación de las apariencias que hizo la noche, Eva nuevamente sospechó de las artimañas de la pitonisa… esa mujer cuyas historias eran cortas y felices, y daba garantías promisorias, ya no le inspiraba fiabilidad. ¡Qué desfachatez tenía la Señora Herrera para identificarla una y otra vez como la esposa de Perón (y no como Evita)!

Pero al cabo de un rato Evita no hilvanó a más despatarrados pensamientos, y en los húmedos vapores que se formaron en los cristales del auto, la pitonisa fue adquiriendo la mansa figura de una abuela cuya compasión había que poner a salvo de cualquiera osada descripción que se le hiciera.*.

*[Sin entrar en curiosas o erradas analogías, la Señora Herrera murió algunos meses después de Eva Duarte de Perón, cuando hacía un mapa astral en el que apostaba las mejores señales de su altruismo cósmico. Su deceso no fue una invención ni una leyenda, ya que recibió un entierro oficial acorde la figura de un alto dignatario de Estado. Y fue el mismísimo secretario de propaganda del gobierno, Raúl Apold, quien, con un emotivo discurso, le dio el último saludo en representación de la apesadumbrada ciudadanía]

Mientras el l auto restaba sin perturbaciones a los largos kilómetros de asfalto, -evita sentía que se acercaba al patíbulo. Ingresó a la Capital con extremas punciones y los labios estaban duros. Los pocos días que le quedaban los viviría de acuerdo a la ilustre coincidencia que la cruzó con Perón como le había sido presagiado por su amiga nigromante.

Cumpliría con las acostumbradas actividades oficiales antes que la Plaza de Mayo desapareciese, las multitudes se desviaran por otros caminos, y la legislatura no sancionara a otras enmiendas importantes.

Renunció a la candidatura a la vicepresidencia cuando su debilitamiento se hizo evidente, y se sinceró que ya no podía permanecer de pie.

-"¡Viva Perón, carajo!", volvió a proferir, administrando en esos tres vocablos a su propuesta: el General era el resplandeciente progreso del país, el hombre que a su vez era época, el genio que destruía la opresión, y en quien se concentraban los deseables patrones cívicos. Y ella, la mujer que aun estando en los umbrales de la muerte, y con la piel tomando graduaciones cada vez más pálidas, deseó que el pueblo argentino secundase al hombre que había justificado su existencia.

Perón había sido idealizado por los argentinos a través de la vida y muerte de su primera dama.

IX

Antes de retomar sus obsecuencias, y generar otra sobreactuada repetición de eslóganes, Rómulo Bermejo (hombre de fino bigote con una herida cicatrizada a la altura del pabellón de su oreja izquierda) le dio a Perón los datos del avión que los llevaría al Paraguay. A partir de ese viaje, la vida sería retomada en sus las longitudes seguras, aunque nunca serían gratuitos los trastornos derivados de esa traición.

Por fortuna, un avión apareció en el río como escindiéndose del embrujo de los cielos, mientras que los dos hombres dejaban de rotar al unísono sus cabezas y sonrieron. El aparato refulgió con su bóveda de metal sobre aguas tan estables y marrones que parecían maderas. Al hacer el abordaje, en el rostro de Juan Domingo Perón se reinstaló la típica actitud pícara. Ese avión militar afirmaba al curso cabal de su destino.

Ya en el aire, el General evocó algunas escenas con Evita, como aquella de madrugada en la que la encontró despierta y con execrables dolores. Pese a que su salud iba trastabillando, había sido una permanente fuente de fuerza y valor.

Perón conservaba los porfiados caracteres de líder que la Gran Mujer le había arrogado; con ella había congeniado de inmediato, y debido a su asistencia no temió introducirse en el sistema político del país. Ella le perpetuaba su apoyo con invencible potencia, porque estaba detrás de los altos cielos y de las infinitas cavidades del universo. La mujer le había anticipado lo que sucedería en esa humillante hora, así como en las que habían quedado atrás y en las venideras.

Perón hubiera persistido como el soldadito que fue en su juventud, si no hubiera sido fraguado como el supremo presidente de los argentinos por la vieja pitonisa que antes de acompañarlo a la ciudad de San Juan para recaudar fondos (después del devastador terremoto), le había presentado a Eva Duarte… le había pedido que se fije en esa muchachita que le ayudaría a alcanzar sus fines. *

*[Perón conoció a esa mujer en 1939 en Roma, y pasmado por sus habilidades con el tarot, la invitó a vivir en la Argentina, cosa que hizo un par de años después, el 8 de enero de 1941. Estando en el país, la mujer unió sentimentalmente a parejas y efectuó otros asuntos más complejos. Dentro de sus fértiles actividades se incluyó un brillante armado académico de las ciencias esotéricas, junto al pasmoso ejercicio de la adivinación que le había dado un particular renombre. La que después se convirtió en la Señora Herrera, formó parte (anónimamente) del equipo de asesores de Perón, y durante algunos semestres dictó seminarios de astrología en la Universidad de Buenos Aires]

Fin